

Capítulo de libro: Los Hijos de los desaparecidos. Historia colectiva y testimonios de la dictadura militar argentina (1976 - 1983) Irene Prufer (Comp.) Editorial Abrazos. Stuttgart. 2011. Idioma: español. Traducido al alemán.

Título
IDENTIDAD, MEMORIA, POLÍTICA

Autor: ERNESTO ESPECHE¹
ernestoespeche@gmail.com

Capítulo de libro: Los Hijos de los desaparecidos. Historia colectiva y testimonios de la dictadura militar argentina (1976 - 1983) Irene Prufer (Comp.) Editorial Abrazos. Stuttgart. 2011. Idioma: español. Traducido al alemán.

RESUMEN

El artículo analiza la construcción de la memoria histórica en La Argentina y, refleja la participación en un Seminario Internacional organizado en el año 2011 por la Universidad de Alicante, sobre Memoria histórica, identidad y trauma, en base a las experiencias de Alemania, España y Argentina. El seminario estuvo enfocado principalmente hacia un encuentro de personas de diferentes nacionalidades que han vivido la (Post-)Guerra Civil Española, la Segunda Guerra Mundial y el secuestro de sus padres en las Dictaduras militares sudamericanas en edad infantil. Debido a los acontecimientos aludidos, se trata de personas que han nacido entre los años 30 hasta los años 70 del siglo pasado. Reúne por lo tanto a diferentes generaciones, pero con el denominador común, que constituye la guerra y/o el terrorismo de estado.

¹ El autor nació en 1973. Es docente e investigador de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional de Cuyo, Argentina. Doctor en Comunicación de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata, Argentina. Hijo de padres detenidos-desaparecidos por la dictadura militar argentina (1976-1983). Activista del movimiento de derechos humanos de Argentina.

Capítulo de libro: Los Hijos de los desaparecidos. Historia colectiva y testimonios de la dictadura militar argentina (1976 - 1983) Irene Prufer (Comp.) Editorial Abrazos. Stuttgart. 2011. Idioma: español. Traducido al alemán.

IDENTIDAD, MEMORIA, POLÍTICA

Introducción

El 24 de marzo de 1976 comenzaba la etapa más oscura de la historia argentina. Un gobierno cívico-militar tomaba el poder y desataba un genocidio contra los sectores populares. Treinta mil desaparecidos, quinientos niños robados y miles de exiliados y presos políticos fueron el saldo de una estructura represiva que sirvió de sostén para la implantación de un nuevo modelo de acumulación económica que, aún recuperada la institucionalidad democrática, se mantendría por décadas.

Los hijos de aquellos jóvenes desaparecidos crecimos en la Argentina de la postdictadura. Presenciamos primero y protagonizamos después los debates públicos en torno al pasado reciente y sus consecuencias. Nos organizamos para incorporarnos al movimiento de derechos humanos desde una identidad propia: Hijos por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio (H.I.J.O.S.). Desde ese colectivo resistimos las políticas de impunidad impulsadas en los años ochentas y noventas, inventamos la figura del escrache como herramienta de construcción de condena social al régimen genocida y articulamos nuestras demandas con otros actores sociales.

Las siguientes líneas no estarán centradas en el relato de la experiencia personal –desde la primera persona del singular-, sino, más bien, en una interpretación del proceso dialéctico que significó la construcción de una memoria común. Subyace, por lo tanto, un “nosotros” definido por la búsqueda de un objetivo político: la tríada memoria, verdad y justicia.

La reconstrucción de la identidad nunca es un proceso individual. Se trata, más bien, de un tránsito de lo personal hacia lo político. En ese sentido, la memoria es el escenario de la identidad colectiva y es siempre un terreno en disputa.

En realidad, no hay una memoria, hay múltiples representaciones que se sostienen en convicciones ideológicas, en motivaciones subjetivas. Pero sí hay una memoria hegemónica, es decir, una memoria oficial, un relato que se vuelve sentido común y que subordina a otros relatos.

Ser familiar de un detenido-desaparecido determina, necesariamente, una identidad. La filiación directa con una de las víctimas del terrorismo de Estado, en este caso un hijo -algo similar sucedió con las madres y los hermanos-, es una marca imborrable que abarcará todos los planos de la vida.

En ese sentido, ser hijo de desaparecidos es, en sí mismo, un fuerte rasgo de identidad. Somos hijos, siempre seremos hijos. La banda musical argentina Ataque 77 dice en una de sus letras: “van a ser adolescentes siempre, que es como vencer”. La condición de hijo como identidad se sostiene incluso, aunque conflictivamente, en los casos en que nosotros mismos nos convertimos padres.

Capítulo de libro: Los Hijos de los desaparecidos. Historia colectiva y testimonios de la dictadura militar argentina (1976 - 1983) Irene Prufer (Comp.) Editorial Abrazos. Stuttgart. 2011. Idioma: español. Traducido al alemán.

Cuando esa identidad perfora el cerco individual, cuando se asume como identidad colectiva, se somete a una dialéctica: las luchas por la memoria. Es entonces cuando los sentimientos personales -el dolor, la angustia, la impotencia- se reconvierten en fundamento político para la batalla simbólica por definir los márgenes políticos a partir de los cuales debe interpretarse el pasado reciente.

La parte y el todo

Quienes decidimos ser parte del activismo en la dialéctica de la memoria atravesamos el complejo camino que va desde la individualidad a la totalización. ¿En qué consiste esa dinámica?

El abandono del cerco individual conlleva una lectura más abarcadora de las circunstancias que posibilitaron la desaparición de miles de personas. No se trata de una suma de treinta mil casos particulares. Aflora la comprensión del terrorismo de Estado como mecanismo planificado. Entonces, la represión no tiene una dimensión irracional y absurda; aparece como una herramienta al servicio de un proyecto político-económico que necesitó de un genocidio para su implantación.

Es así que se produce un desprendimiento de la condición exclusiva de la víctima. Los afectados presentes de aquella dictadura no son los familiares de desaparecidos, ni siquiera los presos políticos que sobrevivieron y los exiliados que pudieron resguardarse. Somos, en todo caso, las grandes mayorías sociales que debimos someternos a un proyecto iniciado en los setenta - digámoslo de una vez: el neoliberalismo- pero profundizado en las décadas siguientes bajo el imperio de las instituciones de la democracia. Todos somos hijos de la misma historia.

Es así que la búsqueda de justicia por aquellos crímenes es parte de un conjunto de demandas que se entretajan con otras tantas en las que el concepto de justicia adquiere nuevas significaciones. En rigor, las diferentes manifestaciones sociales en contra del ajuste económico, la falta de empleo, o las carencias en salud pública que se sucedieron por largos años hasta estallar en 2001 estuvieron inscriptas en las luchas por la memoria. Eran, en última instancia, expresiones populares en contra del plan de la dictadura y sus implicancias posteriores.

Y si la dictadura se erigió para instaurar un modelo de país, quienes desaparecieron son algo más que víctimas ocasionales de un horror aparentemente desmedido. Como vemos, otro terreno de las luchas por la memoria es la representación del detenido-desaparecido. La condición de "víctima" despolitiza la representación del pasado, aunque fue en muchos casos una respuesta por parte de los propios familiares y los organismos de derechos humanos en general para contrarrestar la demonización que

Capítulo de libro: Los Hijos de los desaparecidos. Historia colectiva y testimonios de la dictadura militar argentina (1976 - 1983) Irene Prufer (Comp.) Editorial Abrazos. Stuttgart. 2011. Idioma: español. Traducido al alemán.

encerraba el término de “subversivo”, figura moldeada por los represores para justificar-legitimar su accionar.

“Nosotros” y “ellos”

Así como las Madres de Plaza de Mayo se asumieron como sujetos políticos cuando socializaron su maternidad, los hijos de desaparecidos debimos transitar por un proceso similar.

Eso no significa desconocer la determinación de los lazos parentales en la definición de una identidad; se trata, por el contrario, de entender nuestra condición de “hijo” como resultado de un proceso social determinado, cargado de confrontaciones y delimitado por un contexto histórico.

Toda construcción identitaria requiere de la definición de un “nosotros”. Ese campo supone no sólo el abandono del “yo” particular, sino la inscripción de toda práctica en la dimensión social del conflicto.

El conflicto de intereses está siempre presente. Las disputas por la representación del pasado se expresan, obviamente, en términos conflictivos. El reconocimiento de ese plano nos conduce a asumir de modo conciente un rol en esa dialéctica.

El “nosotros” para los hijos de desaparecidos es más amplio que la misma relación filiatoria. Es un gran espacio simbólico habitado por las organizaciones de derechos humanos en general, pero también por todos los agrupamientos sociales, políticos y culturales del llamado campo popular. Nuevamente: somos todos hijos de la misma historia.

Ese “nosotros” es, al mismo tiempo, un espacio de reencuentro con nuestros padres desaparecidos, para hacerlos presentes y partícipes de nuestra práctica y comprender que la historia no consiste en una sucesión fragmentada de hechos. Es un reencuentro que, paradójicamente, nos posibilita reconocernos como sujetos individuales, distintos a ellos, para discutir, acordar o -incluso- disentir con sus decisiones políticas.

¿Qué nos unifica como colectivo? Primero, un objetivo común: la condena al genocidio y a las políticas institucionalizadas que garantizaron la impunidad de los represores. Segundo, una práctica común: la denuncia de los horrores del pasado y sus consecuencias en el presente.

Al mismo tiempo nos unifica la delimitación de un “ellos” más amplio que los represores y sus cómplices directos. Es un espacio en el que, por muchos años, jugó un rol central el aparato estatal. Se trató de un Estado garante de la impunidad y constructor de una memoria oficial en cuyo núcleo aparecían el olvido y el perdón como elementos ordenadores de la representación del pasado.

Capítulo de libro: Los Hijos de los desaparecidos. Historia colectiva y testimonios de la dictadura militar argentina (1976 - 1983) Irene Prufer (Comp.) Editorial Abrazos. Stuttgart. 2011. Idioma: español. Traducido al alemán.

Así, la relación conflictiva con un “ellos” materializado en las políticas de gobierno nos condujo, por largos años, a una estrategia común: la resistencia. Eran tiempos en que debíamos ganar el espacio público y articular esfuerzos con otros sujetos también sometidos a una serie de políticas oficiales adversas a sus intereses. No podía ser de otro modo: el mismo Estado que dejaba impunes a los genocidas aplicaba y profundizaba el proyecto económico y cultural que originó aquel genocidio.

Una nueva memoria

A comienzos del siglo XXI –y luego de más de dos décadas- estalló el proyecto iniciado en 1976. Una inédita crisis social y política puso en evidencia las consecuencias devastadoras del modelo neoliberal y de las premisas ideológicas que lo legitimaron. La memoria oficial sobre la última dictadura fue parte esencial de esas premisas y, por tanto, también entró en crisis.

El rol del movimiento de derechos humanos fue vital en el desarrollo y resolución de la crisis. Su resistencia, sus demandas y su capacidad articuladora de consensos le atribuyeron una renovada centralidad en la agenda pública. El nuevo Estado que nació de la crisis se alimentó de las consignas históricas del movimiento y modificó de plano el sentido de la memoria oficial.

El nuevo escenario abrió nuevos desafíos para los activistas de las causas por los derechos humanos. Debimos reconstruir el “nosotros” en función de una identidad colectiva siempre dinámica. Si el Estado reconvertía su rol, debía ser interpelado de un modo diferente.

Si aceptamos que la memoria es conflicto, ¿cómo relacionarse con un Estado que, por primera vez desde la restauración institucional, compartía con “nosotros” un mismo relato y las líneas directrices de la representación del pasado?

El movimiento entendió que el Estado es también un espacio dinámico y, por tanto, de disputa. Entonces, la relación con el nuevo Estado no deja de ser conflictiva. Esta compleja caracterización es resultado de -y a la vez se traduce en- ricos debates dentro del movimiento y al interior del “nosotros”.

La nulidad de las leyes de impunidad, la sustanciación de condenas a los represores y la socialización de un nuevo relato indican un claro avance. La nueva situación pone al movimiento a la ofensiva y, simultáneamente, lo impulsa a establecer nuevas definiciones.

También un nuevo “ellos” emergió de esta reconfiguración de la memoria oficial. La oposición política de derecha cuestiona la matriz del nuevo escenario y demanda -resiste- en función de recomponer el viejo paradigma. Es por esto que el escenario le exige al movimiento suma claridad estratégica: la

Capítulo de libro: Los Hijos de los desaparecidos. Historia colectiva y testimonios de la dictadura militar argentina (1976 - 1983) Irene Prufer (Comp.) Editorial Abrazos. Stuttgart. 2011. Idioma: español. Traducido al alemán.

interpelación al Estado no debe servir de plataforma para un posible reposicionamiento de las viejas estructuras hegemónicas.

A diez años de iniciado el nuevo milenio, el movimiento de derechos humanos en Argentina está consolidado como un actor esencial en el terreno político y cultural. Ha desarrollado una larga experiencia: enfrentó a la dictadura; resistió las políticas de impunidad y olvido por más de dos décadas; y participó de una transformación del Estado. En adelante, su tarea será profundizar esa transformación.